



Leo y el Secreto del Reloj de Cuco

● Desde 6 años ⌚ 11 minutos en voz alta



Un cuento de Luna Lunera

El Tesoro del Taller



La casa del abuelo Tomás estaba en un pueblo pequeño, muy arriba en la montaña, donde en invierno la nieve se posaba en los tejados como nata blanca y en verano el aire olía a hierba fresca y a leña seca.

En la parte de abajo de la casa, junto a una puerta de madera oscura, estaba el taller de carpintería.

A Leo le encantaba entrar allí.

Nada más entrar, le envolvía un olor suave a pino recién cortado. En las paredes colgaban sierras, formones, escuadras y martillos. Sobre el banco de trabajo descansaban trozos de madera lisa, cajitas con clavos diminutos y virutas enrolladas como tirabuzones rubios.

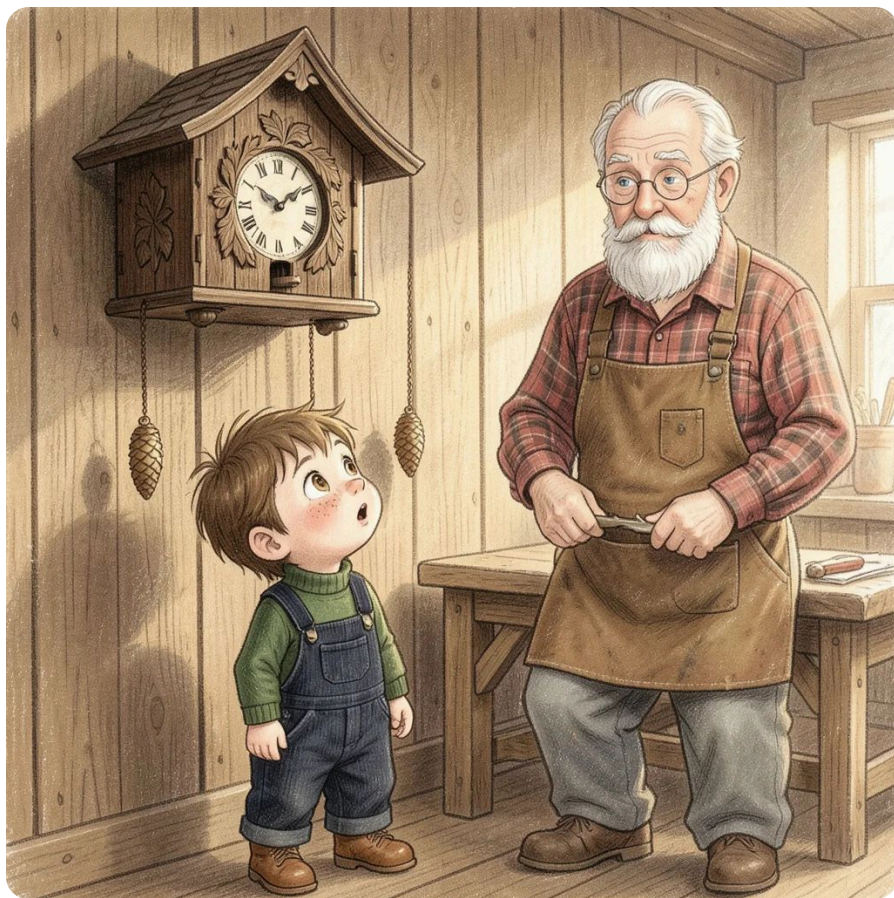
—Abuelo, ¿qué estás haciendo hoy? —preguntó Leo, con sus ojos de color miel muy abiertos.

El abuelo Tomás levantó la vista por encima de sus gafas redondas y sonrió, haciendo que su barba blanca se moviera un poquito.

—Una pata para una mesita —respondió—. Pero antes quiero enseñarte una cosa especial.

Leo se acercó enseguida, dando pasitos rápidos con sus botas marrones. El abuelo dejó con cuidado la pieza que estaba tallando y señaló la pared del fondo.

Allí, colgado sobre unas tablas antiguas, estaba el reloj de cuco.



Era precioso. Tenía un tejadito de madera oscura, hojas talladas alrededor y una puertecita diminuta por donde, a veces, salía un pajarito a cantar la hora. De él colgaban dos cadenas y dos pesas de bronce con forma de piña.

—¡Parece una casita encantada! —susurró Leo.

—Es un reloj muy antiguo —dijo el abuelo con voz tranquila—. Era de mi padre, y antes del padre de mi padre.

Lleva mucho tiempo con nuestra familia.

Leo levantó la cabeza un poco más.

—¿Y todavía funciona?

—Claro que sí. Pero es delicado, Leo. Muy delicado. Hay que tratarlo con muchísimo cuidado.

El abuelo apoyó una de sus manos grandes y nudosas en el hombro del niño.

—Puedes mirarlo todo lo que quieras, pero no lo toques sin mí, ¿de acuerdo?

Leo asintió, muy serio.

—De acuerdo, abuelo.

Y de verdad quiso cumplir su palabra.

Un Pequeño Descuido



Durante un rato, el abuelo siguió trabajando en el banco. Ras, ras, ras... la lija sonaba suave sobre la madera. Leo se sentó en un taburete y observó. Luego miró los cajones. Luego las virutas. Luego, otra vez, el reloj.

El cuco estaba tan quieto, tan bonito, tan misterioso...

Leo se levantó despacito.

Solo quería verlo un poco más de cerca. Solo un poquito.

Se puso de puntillas. Alargó la mano. Rozó una de las cadenas con la yema de los dedos.

¡Clic!

La cadena se movió.

Leo abrió mucho los ojos.

—Uy...

Y entonces ocurrió.

Una de las pesas de bronce se soltó de golpe.

¡Clonc!

Cayó al suelo de madera con un ruido seco que retumbó por todo el taller.

Leo dio un respingo. Se agachó enseguida y cogió la pesa con las dos manos. Notó lo fría y pesada que era.

Miró al abuelo.

Pero justo en ese momento, el abuelo Tomás había salido un instante al patio a por una tabla que había dejado al sol.

Leo se quedó inmóvil.

El corazón empezó a latirle tan deprisa que casi parecía otro reloj.

—Ay, ay, ay... —murmuró.

No quería que el abuelo se enfadara. No quería que se pusiera triste. No quería haber tocado nada.

Miró la pesa. Miró el reloj. Miró la puerta.

Y, llevado por el miedo, hizo algo que le apretó aún más el pecho: escondió la pesa debajo de un montón de virutas frescas, junto al banco.



Después se sentó otra vez en el taburete, muy tieso, con las manos juntas, como si nada hubiera pasado.

Cuando el abuelo volvió, traía una tabla larga bajo el brazo.

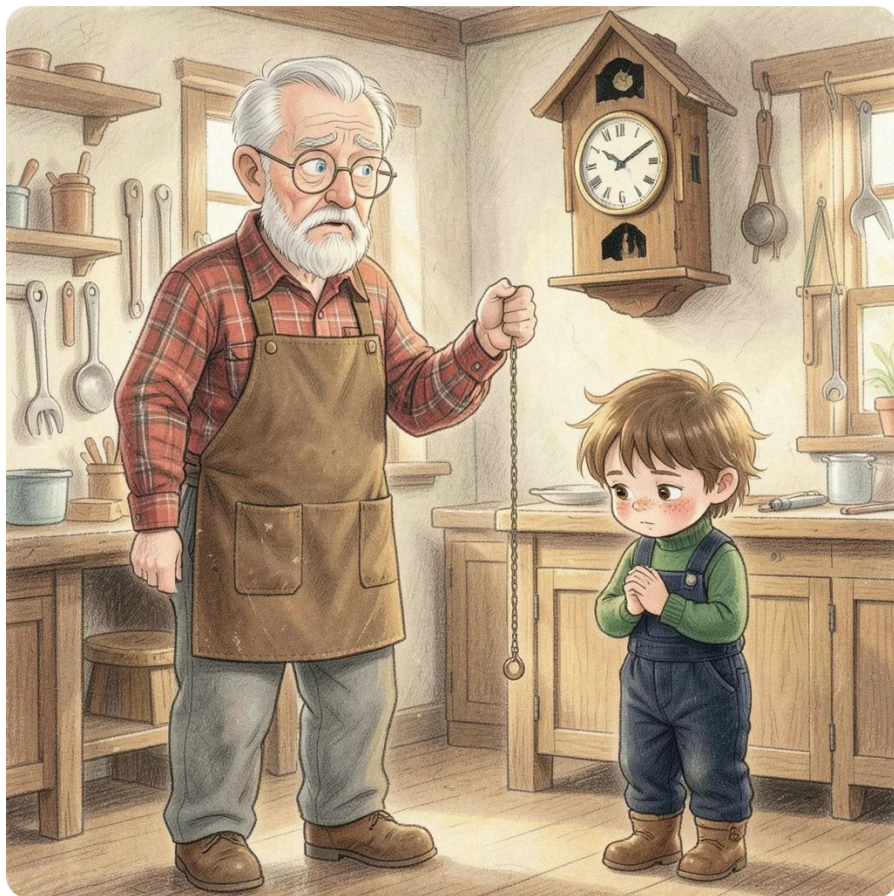
—Ya estoy aquí —dijo alegremente—. Dentro de poco daremos cuerda al reloj, que le toca.

Leo tragó saliva.

—Sí... —respondió bajito.

Pero su voz sonó tan floja como una hoja seca.

La Verdad que Libera



Pasó un rato. El abuelo dejó la tabla, se limpió las manos en el delantal de cuero y se acercó al reloj.

—Vamos a despertarlo, viejo amigo —dijo con una sonrisa.

Leo notó un nudo en la garganta.

El abuelo alzó la vista hacia el reloj, cogió una cadena... y frunció el ceño.

—Vaya —murmuró.

Buscó alrededor. Miró debajo del reloj, en el banco, en una caja cercana.

—Qué raro...

Su sonrisa desapareció poco a poco.

—Falta una pesa.

Leo se quedó muy quieto.

El abuelo siguió buscando, esta vez más despacio. Se agachó. Miró entre las herramientas. Apartó un cepillo de carpintero. Luego suspiró.

No parecía enfadado.

Parecía triste.

Y eso fue aún peor.

—Llevo años cuidando este reloj —dijo en voz baja, casi para sí mismo—. Espero que la pieza no se haya dañado con el golpe.

A Leo le ardieron los ojos y notó que las orejas le ardían.

El secreto le pesaba más que la propia piña de bronce.

Tenía el pecho apretado y las manos temblorosas. De pronto, ya no pudo aguantar más.

Bajó del taburete.

Se acercó despacio al montón de virutas.

Metió la mano.

Sacó la pesa.

Y, con los ojos brillantes de lágrimas, se la tendió a su abuelo.



—Abuelo... he sido yo —dijo con voz pequeñita—. Me dijiste que no lo tocara, pero lo toqué. Solo quería verlo de cerca y... y se cayó. Luego me dio miedo y la escondí. Lo siento muchísimo.

El taller se quedó en silencio.

Solo se oía el viento rozando la ventana.

Leo agachó la cabeza.

—Perdóname, por favor —susurró—. No quería mentir... bueno, sí quería... pero luego me sentí fatal.

El abuelo Tomás cogió la pesa con una mano y, con la otra, levantó con suavidad la barbilla del niño.

—Gracias por decírmelo —dijo al fin.

Leo parpadeó, sorprendido.

—¿No estás enfadado?

El abuelo dejó escapar un suspiro largo.

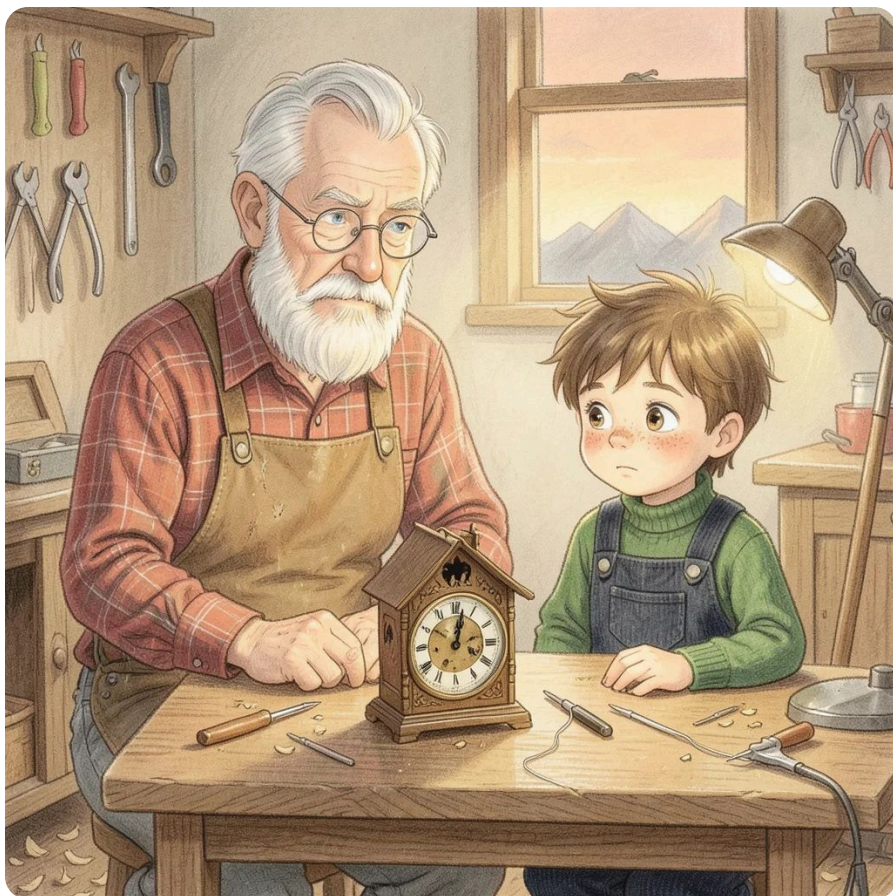
—Claro que me da pena que se haya soltado. Y también me da pena que hayas pasado este rato con miedo tú solo. Pero decir la verdad, aunque cueste, siempre es de valientes.

Leo se secó una lágrima con la manga verde.

—Tenía un nudo aquí —dijo, tocándose el pecho.

—Lo sé —respondió el abuelo—. La verdad tiene una cosa buena: desata los nudos del corazón.

● Arreglando la Confianza



El abuelo examinó la pesa y la cadena con calma.

—Parece que la unión se ha soltado, pero podemos arreglarla —dijo.

Leo levantó un poco la cabeza.

—¿De verdad?

—De verdad. Los relojes, como algunas cosas importantes, a veces se estropean. Lo importante es repararlos a tiempo.

El abuelo colocó el reloj sobre la mesa, abrió la parte de atrás y sacó unas herramientas pequeñas que parecían de juguete: un destornillador fino, unas pinzas diminutas y un alambrito brillante.

—Ven —dijo—. Si quieres, me ayudas.

Los ojos de Leo se abrieron otra vez, pero esta vez no por curiosidad traviesa, sino por alivio.

—¿Puedo?

—Claro. Pero esta vez trabajaremos juntos.

Leo se sentó a su lado. El flexo encendió un círculo de luz sobre la mesa. Fuera, la tarde iba poniendo el cielo de color melocotón detrás de las montañas.

El abuelo le fue enseñando despacio:

—Sujeta aquí.

—Muy bien.

—Ahora pásame las pinzas.

—Esas no, las finitas.

Leo obedecía con muchísimo cuidado, sacando la lengua un poquito por la comisura del labio, concentradísimo.



Al cabo de un rato, la pesa volvió a quedar bien colocada.

El abuelo colgó el reloj otra vez en la pared. Tiró de la cadena con suavidad.

Tic-tac.

Tic-tac.

Los dos se quedaron quietos escuchando.

Y, de pronto, la puertecita se abrió.

—¡Cucú! ¡Cucú!

Leo dio una palmada y soltó una risa de puro alivio.

—¡Ha vuelto!

El abuelo también sonrió.

—Sí. Y no solo el reloj.

Leo lo miró sin entender del todo.

El abuelo se agachó para quedar a su altura.

—Cuando escondemos la verdad, la confianza se afloja, igual que esta cadena. Pero cuando decimos lo que ha pasado y tratamos de arreglarlo, la confianza vuelve a sostenerse.

Leo pensó en ello muy serio.

Luego rodeó a su abuelo con los brazos.

—La próxima vez te lo diré enseguida —prometió.

—Eso espero —respondió el abuelo, abrazándolo de vuelta

—. En esta familia no hace falta ser perfecto. Hace falta ser

sincero.

El taller seguía oliendo a pino. El reloj seguía marcando el tiempo. Y el corazón de Leo, que antes estaba apretado como un puño, ahora se sentía ligero, como si una ventana se hubiera abierto de par en par dentro de él.

Desde aquel día, cada vez que el cuco cantaba, Leo sonreía un poco.

No porque recordara el susto.

Sino porque recordaba algo mejor: que decir la verdad puede dar miedo al principio, pero después deja entrar aire, luz y calma. Como cuando pasa una nube y vuelve a salir el sol sobre las montañas.



*Decir la verdad, aunque cueste, es la mejor
manera de reparar un error y cuidar la
confianza de quienes más nos quieren.*



Fin

Dulces sueños.



Más cuentos para leer en voz alta en

lunalunera.org



Este cuento en la web